

JOSÉ ANDRÉS ROJO

CAMINO A TRINIDAD

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: septiembre de 2016

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *Río Santo Espíritu*

© José Andrés Rojo, 2016

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2016

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-16453-97-9 • DEPÓSITO LEGAL: V-1737-2016

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

A Susana

*(este libro, que debió
ser el primero, y que se
demoró demasiado)*

“¿Cómo se sube mejor la montaña?
Sólo sube y no pienses en ello.”

(Carta de FRIEDRICH NIETZSCHE
a HEINRICH KÖSELITZ,
17 de febrero de 1882)

“Pero el comisario tiene una
idea distinta de mi vida de guerrillero. Me
toma veinte veces más en serio de
lo que yo me tomo a mí mismo.
No va a creerse que las cosas
simplemente me pasaron.
Él sólo cuenta los cadáveres.”

(V. S. NAIPAUL,
Semillas mágicas)

“El destino: Que Nietzsche cayera por primera vez
en mis manos a los dieciocho años.”

(ROBERT MUSIL,
Diarios)

LA PISTOLA

El único que se llevó las manos a la cabeza cuando Patricio sugirió lo de la pistola fue Federico Campos. Estás loco, hermano, le dijo medio riéndose y dando un brinco y llenando el aire de aspavientos. Pero Patricio Montes no estaba loco, era así. No hablaba mucho, a veces ni siquiera aparecía por las reuniones y, cuando lo hacía, se las pasaba medio reconcentrado, como si tardara en digerir lo que estaba oyendo. De tanto en tanto, decía un par de frases.

Habría que agenciarse una pistola, comentó ese día. En la asamblea que acabábamos de dejar se habían recordado las provocaciones recientes de un grupo de matones, unos paramilitares que llegaron para sembrar barullo. Golpearon a unos cuantos estudiantes con bates de béisbol, y se habló incluso de disparos, suelen exagerarse las cosas de inmediato. Pero seguramente era cierto lo que contaban.

¿Pero qué carajo quieres hacer con una pistola? Federico procuró reírse con el disparate para darle trámite cuanto antes, y pasar a otra cosa. Patricio Montes ni se molestó en contestarle, pero la propuesta había caído en terreno abonado y fue Leónidas el que de inmediato celebró la idea. Juana se apuntó, porque Juana se apuntaba siempre a lo que fuera más lejos, a lo que tuviera más riesgos, a lo que costara más y supusiera una mayor entrega, un mayor compromiso, a lo que diera más vértigo. Betty también era de la línea dura. Y Nicolás abrió los brazos mirando a Federico, asombrándose de que se pudiera entrar con tanta soltura en semejantes dis-

lates. La conversación subió de tono y se fueron calentando las lenguas para llenar de insultos a esos fascistas, esos cabrones, esos hijos de puta. La pistola quedó en segundo plano.

Con Patricio Montes había jugado de niño al fútbol en el callejón al que daba su casa en la parte alta del centro de La Paz. Fue una cosa excepcional y por eso la cuento. Un día me quedé solo al terminar el colegio y Patricio era el único que quedaba, así que le pregunté si podía acompañarlo. El edificio donde estaba su casa era modesto y medio destartado, tenía tres plantas y debían vivir en uno de los pisos. Patricio era de los más humildes de la clase. Siempre callado, siempre con dificultades para aprobar, al borde de repetir, un año y al otro y al otro. Una pesadilla. Su hermano Antonio, que era un año mayor, se incorporó un tiempo a nuestro curso después de que lo suspendieran en todas las materias, pero ni siquiera lo llegamos a tratar porque a los pocos meses lo echaron del colegio por mala conducta. También estuvo aquella tarde, cuando jugamos al fútbol en el callejón de su casa. De pronto se puso a llover.

La pelota era un cuero viejo, medio desinflado. Yo había hablado a casa desde la tienda de enfrente del colegio, y quedaron en recogerme en un par de horas en la esquina de la casa de los Montes. Así que dejamos las mochilas en la entrada y nos pusimos a darle a la pelota. Pronto fueron apareciendo otros muchachos del barrio, repartimos equipos, improvisamos las porterías. Estaban tan cerca las casas unas de otras y la calle era tan estrecha que se podían hacer paredes con mucha facilidad y el juego daba mucho de sí. Primero cayeron unas gotas, pero seguimos. Iba haciéndose de noche cuando llovió de verdad. Se fueron yendo los muchachos y nos quedamos refugiados los Montes y yo en el portal de la casa, sentados en el suelo, hablando del colegio y del mundo. El callejón quedó encharcado y los últimos rayos

de luz se reflejaban en el agua. Vinieron a buscarme y me fui corriendo. Nunca volví a ir por allí.

Patricio Montes tenía el pelo negro y lo tenía abundante. Se peinaba con una línea que le salía de una rectitud pasmosa. Las mandíbulas muy marcadas, era delgado, los labios pequeños, la nariz aguileña, la piel mestiza y se pasaba callado casi todo el tiempo. Pero cuando había algún follón estaba siempre en medio. Era valiente, se enfrentaba a quien hiciera falta y, cuando tuve que pelearme con Leónidas, estuvo de su lado. Igual trabajaba en alguna cosa para ayudar en su casa. Es la única explicación que se me ocurre para que faltara tantas veces al colegio y viniera tan poco a los partidos que jugábamos por las tardes cuando era verdaderamente bueno avanzando por la izquierda, con esa velocidad. Era el más rápido.

Lo de la pistola volvió a aparecer unos días después. Tomábamos unas cervezas al final de la mañana en un café a una cuadra de la universidad, y León se sentó entre todos con ademanes solemnes. Así que lo miramos para saber qué había detrás de tanto misterio, y lo que contó fue que teníamos que ir juntando la plata, que había encontrado una pistola a muy buen precio. Juana y Betty festejaron la noticia de inmediato y Patricio se levantó ceremonioso y abrazó a Leónidas. No me jodas, comentó Campos, y Nicolás se tragó la lengua. Fue también lo que debió ocurrirme a mí, porque me entró el miedo y no sabía cómo disimular. Salvo Federico Campos, que volvió a protestar por el despropósito, llamamos todos, aprobamos la iniciativa.

Juana tomó las riendas. La cifra no era muy grande, así que dividida entre los que estábamos allí podíamos asumirla. El sábado por la noche se haría el negocio, así que tendríamos la pistola para la manifestación que se había convocado para los primeros días de la semana. Hizo las cuentas. Me miró a mí para saber si entraba. Asentí, qué otra cosa podía hacer.

Era una gente de arriba de la Sagárnaga, una zona difícil, y había que ir de noche. Yo me veía constantemente obligado a guardar cierta distancia de las explicaciones que había recibido de niño porque entonces se me advirtió que aquello era el infierno. Maleantes, prostitutas, borrachos, tipos pendencieros. Una cosa era pasar por ahí de día, cuando en aquellas calles con olor a orín y a abandono y a vicio se levantaban los puestos que vendían productos del contrabando, y otra muy distinta hacerlo de noche. ¿Aquella versión era sólo un cuento para niños o tenía algo de verdad? ¿Había cambiado la zona en los últimos años? Juana entendió que no era de recibo que León se ocupara de todo y sugirió que alguien fuera con él. También quiso saber cómo se encontró al vendedor. Es cosa de mi hermano, le explicó León. Buena gente, totalmente de fiar. Voy solo, añadió, no necesitó compañía. Ni hablar, dijo Juana, y cogió unos cuantos fósforos y partió uno. Las chicas quedaban excluidas, así que extendió la mano para que cada uno fuera cogiendo. Federico Campos dijo que el españolito no tenía que participar. Pero yo me crecí e insistí. Por suerte el fósforo roto no me tocó, le cayó a Nicolás, y Leónidas le hizo un guiño y levantó el índice en tono triunfalista. Les dieron el dinero que habíamos juntado. La cita era unos días después, sobre las once de la noche.

¿Qué pasó por fin con aquella pistola?, le pregunté a Nicolás unas semanas después. Sabía que habían conseguido comprarla, pero quería los detalles. Eso daría para una buena conversación, ahí en la barcaza cuando viajábamos hacia Trinidad. ¡Vaya rato!, contestó Nicolás. Y pensé que igual ahí se quedaba todo, era parco en sus historias, todo lo arreglaba con una sonrisa y preguntando.

Fuimos en taxi, empezó a contar, y nada más sentarme con León en el asiento de atrás lo que de verdad me hubiera

gustado hacer era bajarme. Pero no lo hice, y sólo escuché cómo León le daba la dirección y vi cómo el coche se ponía en movimiento. No había marcha atrás, así que me hice la siguiente reflexión: tú vas de bulto, que sea Leónidas el que hable, el que negocie, el que pague. Para cumplir rigurosamente con ese papel tenía primero que entregarle el dinero, era yo el que lo llevaba encima. Así que le busqué la mirada para pasarle el sobre, pero descubrí que se había metido para adentro de sí mismo, como ya le había visto hacer alguna vez, callado como un muerto, con la mirada fija en el hueco de la ventanilla, desentendido del mundo. Íbamos camino de El Alto, dejábamos el centro atrás, cada rato había menos gente, así que saqué el sobre con la plata del bolsillo de la chaqueta y le toqué el hombro a Leónidas para que se hiciera cargo. Levantó la mano y la agitó un poco. Eso quería decir exactamente “no”. Estaba reconcentrado, muerto de miedo. Igual que yo, supongo. ¿Y si le decía al chófer que diera la vuelta, que nos volvíamos?

El hermano de León nos había dado las señas de la casa, y nos dijo también que al llegar preguntáramos por un tal Edwin. Nicolás iba desgranando la historia con una muesca prendida en la esquina de los labios, como si no se la creyera todavía del todo y considerara prudente mantener el beneficio de la duda. Todo lo demás ya está hablado, nos explicó: no teníamos que preocuparnos. El dinero me lo había dado Juana, y te juro que me estaba quemando el bolsillo. Era bastante plata para tenerla encima en cualquier parte, pero más en esa zona, tal como la iba viendo entonces, con las casas cada vez más destartadas, con menos luces, casi sin aceras las calles, más estrechas, sucias, llenas de baches, el taxista había disminuido la velocidad, a veces casi se paraba para no rebotar en un agujero, en unos adoquines mal colocados. Todavía había circulación, pero luego quién nos

regresaría, contaba Nicolás que pensaba durante aquel trayecto infinito e inacabable, se le hizo larguísimo.

Fue Edwin el que nos abrió la puerta. Lo seguimos por un pasillo inmundado hacia un apartamento donde nos esperaba el que debía ser el jefe de todo aquello. Pasamos por una habitación donde estaba una mujer, de ésas que vienen del Altiplano y que parece que envejecieran de golpe al convertirse en madres, quedándose ya para una larga temporada en una edad indeterminada. Comía una sopa en una cazuela de metal, igual que sus hijos, tendría unos seis años la niña y unos nueve el varón, aunque quién sabe, y estaban sentados en un sofá delante de un televisor y tenían la cara con sus mocos, o con la marca de sus mocos, ya ni me acuerdo. Fuimos a la cocina, donde el jefe nos esperaba, achaparrado, la cara morena y agrietada de arrugas, unos ojos finos, unos pelos como chuzos, bastante cortos y desordenados, como si acabara de levantarse con resaca. El lugarteniente que tenía al lado se levantó para dejarnos la silla, y ahí se sentó Leónidas, que seguía callado. Yo cogí una que estaba vacía.

No hace falta extenderse mucho a la hora de explicar que el viaje en la barcaza no ofrecía todas las comodidades. El calor es lo de menos cuando ya no sabes cómo colocarte y te has cansado de ir de aquí para allá paseando por los minúsculos pasillos, a babor y estribor. Así que convengamos en que nos habíamos vuelto a tumbar en el mirador, llamémosle así, que había al final, en la popa, con la estela del movimiento por detrás cuando navegábamos. Uno al lado del otro, mirándonos los zapatos mientras charlábamos, mis piernas casi doblaban el tamaño de las suyas, así que me imaginaba que con esa estatura Nicolás tendría temblorosos a aquellos mafiosos de tres al cuarto. ¿Cómo era ese Edwin?, le pregunté.

Prieto y de metal, contestó. Parecía que la piel le iba a explotar empujada por los músculos, pero de todos ellos parecía el más decente. Tenía una mirada sin malicia, inocentona, y se estaba callado, no como el jefe, que nos bromeó enseguida tratándonos de niños. Así que quieren una pistola, empezó diciendo y medio se río mirando a los otros dos. No me habías dicho que fueran unas criaturas, le comentó a Edwin. De todas formas, qué mas da la edad, sólo hay que apretar el gatillo, ¿o no? Y miró a Leónidas, que asintió con la cara descompuesta. A ver esa plata, continuó. A ver esa pistola, me escuché decir de pronto. Y Nicolás sacó entonces pecho para escenificar su propia osadía. La frase quedó fuera de lugar, claro, siguió contando, y Leónidas se volvió medio asustado y los otros tres se descojonaron. Un gallito, tenemos un gallito, bromeó el que mandaba. Ten calma, ya va, iba diciendo con gestos ceremoniosos. Edwin metió la mano en el armario, hurgó detrás de los platos, sacó un paquete envuelto en periódicos viejos. Lo puso sobre la mesa.

Ahí está, señaló el jefe. Me levanté de la silla, estaba un poco apartado, y me acerqué. Me di cuenta de que era el más pequeño de todos, sin que ninguno fuera precisamente ninguna torre. Fuertes, eso sí, cuadrados, pero del tamaño de Leónidas, no más altos. No supe cómo manejar me para quitar tanto papel, igual hasta me temblaban las manos. Trae acá, me pidió el tipo. Fue arrancando las hojas de periódico, eran las páginas deportivas, reconocí alguna noticia del Strongest. Me quedé con una de ellas, estaba arrugada, sin darme cuenta. Me volví a sentar, no pude evitar leer los titulares.

¿No serás del Bolívar, cojudo?, me preguntó el jefe. Ni cagando, contesté. Del Strongest. Así se hace, carajo, este pelotudo del Edwin es bolivarista, dijo. También lo era Leónidas. Mejor que se estuviera callado, era bolivarista a muerte.